



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Facultad de Psicología, UdelaR
Trabajo Final de Grado
Tutor: Prof. Adj. Dr. Hugo Selma

Monografía

**Rasgos de personalidad en hombres y mujeres
homosexuales**

Estudiante: Virginia Miller
CI: 4.370.142-3

Montevideo, setiembre de 2020

Resumen:

Este trabajo analiza algunos elementos detrás de los estereotipos sociales de género, buscando describir los rasgos de personalidad de hombres y mujeres homosexuales. Existen diversas investigaciones (Feingold, 1994; McCrae, 2001; Costa et al., 2001) sobre las variaciones en la presentación de rasgos de personalidad de acuerdo al sexo/género (hombres-mujeres), pero no sucede lo mismo respecto a la orientación sexual. En primer lugar, se considerarán algunos modelos teóricos y varios estudios sobre las diferencias entre heterosexuales y homosexuales (teorías sobre la homosexualidad, escalas de masculinidad-feminidad y teoría de la Inversión Sexual), para luego describir y cuantificar los rasgos de personalidad de las personas homosexuales de acuerdo a un modelo dimensional de rasgos conocido como el modelo de los Cinco Grandes. Dentro de cada grupo de rasgos definido (Amabilidad, Neuroticismo, Responsabilidad, Extraversión y Apertura a la experiencia) se observa cómo se distribuyen las características de acuerdo al sexo/género y la orientación sexual. En consistencia con las teorías estudiadas, se observa que las personas homosexuales tienden a presentar características de personalidad similares a aquellas de los heterosexuales del sexo/género opuesto. A partir de estos resultados, se reflexiona sobre el valor que se adjudica a lo masculino y femenino y su relación con la discriminación hacia las minorías sexuales.

Palabras clave: homosexualidad, personalidad, rasgos, género, masculinidad, feminidad.

Índice:

Resumen	2
A. Introducción	4
a. Argumentación del tema.....	4
b. Delimitación del problema.....	5
c. Preguntas de investigación.....	6
B. Desarrollo teórico	7
a. La homosexualidad y las polémicas sobre su estudio.....	7
i. Concepto de homosexualidad y teorías explicativas.....	7
ii. Género, homosexualidad y discriminación.....	9
iii. Polémica sobre el estudio de la homosexualidad.....	10
b. Paradigmas relevantes en la investigación sobre homosexualidad.....	11
i. Escalas de masculinidad-feminidad: una aproximación histórica.....	11
ii. Teoría de la Inversión Sexual	13
c. Personalidad.....	16
i. Definición de personalidad y Teoría de los Cinco Grandes.....	16
d. Personalidad y homosexualidad.....	19
i. Los Cinco Grandes en la homosexualidad.....	19
C. Síntesis y reflexiones finales	25
D. Referencias Bibliográficas	28

A. Introducción

a. Argumentación del tema

En las últimas décadas se ha venido propiciando un significativo cambio de paradigma a nivel cultural en relación a las ideologías de género, favoreciendo la aceptación e inclusión de los colectivos LGBTIQ (Ågmo & Ellingsen, 2003; Bailey, 2005; APA, 2008). No obstante, la homosexualidad continúa siendo objeto de discriminación, y por lo tanto de sufrimiento (Suppe, 1994; APA, 2008). Algunos investigadores proponen que esta discriminación hacia hombres y mujeres homosexuales no resulta sólo de la orientación sexual en sí, sino más bien del incumplimiento (real o percibido) con los roles de género tradicionales (Bashill, 2009). Es posible que el incumplimiento con los estereotipos normativos de masculinidad y feminidad en el caso de las personas homosexuales no sea más que una percepción social infundada, pero también es posible que esa percepción tenga una correlación, quizá parcial, con sus características de personalidad. Una aproximación a la comprensión de lo que hay detrás de la discriminación en estos casos, lejos de justificarla, podría proporcionar herramientas que ayuden a derribarla. Para eso, este Trabajo Final de Grado (TFG) propone estudiar cómo se expresan los rasgos de personalidad en personas homosexuales en comparación a personas heterosexuales. Dentro de la Psicología, el enfoque de esta investigación será desde el estudio de la Personalidad, ya que para deconstruir estereotipos resulta esencial analizar rasgos de conducta y otros aspectos relacionados con la identidad de las personas homosexuales (Spence, 1984, 1985; Suppe, 1994; Lippa, 2007).

Las principales teorías de personalidad vinculadas a la homosexualidad datan de fines del siglo XIX y principios del XX (Freud, 1905 y Ellis, 1915, en Kite & Deaux, 1987). De lo anterior resulta evidente la pertinencia académica de una revisión actualizada sobre el tema. Los estudios de las últimas décadas sobre homosexualidad y rasgos de personalidad son escasos, prácticamente no se encuentran trabajos en habla hispana, y los resultados han sido poco difundidos. Existen múltiples investigaciones sobre las variaciones en la presentación de rasgos de personalidad de acuerdo al sexo/género (hombres-mujeres), pero no sucede lo mismo respecto a la orientación sexual (Feingold, 1994; Costa et al., 2001). Así como las investigaciones sobre las diferencias en la presentación de rasgos de personalidad entre hombres y mujeres han contribuido positivamente a la deconstrucción de ciertas visiones popularmente aceptadas (Spence y Helmreich, 1978; Spence, 1984, 1985), reconocer y analizar la vinculación entre la homosexualidad y los rasgos de personalidad podría ser de gran relevancia social. Por ejemplo, en lo que refiere a las diferencias entre hombres y mujeres, los estudios han permitido mostrar cuánto más significativas que las diferencias son las características compartidas entre ambos grupos (Feingold, 1994; Costa et al., 2001; Lippa, 2001, 2005, 2007).

En términos sociales, este trabajo busca aportar al conocimiento sobre la homosexualidad para naturalizar su aceptación. Hoy en día sobreviene una exigencia democrática ampliamente extendida de igualdad de trato y oportunidades hacia las minorías sexuales, pero hay evidencia de que en algunos lugares la tolerancia a la homosexualidad está disminuyendo, tanto en lo político como en lo cultural (Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). Por último, en términos de salud mental, el presente trabajo podría proporcionar un insumo relevante para la psicoeducación de la población en general y para el acompañamiento terapéutico de las personas homosexuales en particular, dado que las minorías sexuales se ven desproporcionadamente afectadas por problemas de salud mental (depresión, ansiedad, abuso de sustancias, tendencias suicidas, etc.) (Feinstein, 2019).

b. Delimitación del problema

Personalidad y homosexualidad son los temas centrales que abordará este trabajo y son conceptos que en cierta medida están interrelacionados (Suppe, 1994; APA, 2008). La personalidad puede ser entendida como un conjunto de rasgos, o sea dimensiones relativamente estables de pensamientos, sentimientos, motivaciones y comportamientos (Fleeson y Gallagher, 2009). La homosexualidad, por su parte, se ubica dentro del concepto más amplio de sexualidad, que es, a su vez, un componente de la personalidad. La sexualidad humana comprende sentimientos y comportamientos biológicos, eróticos, físicos, emocionales y sociales en relación al sexo (APA, 2008). Es una dimensión muy vasta que incide sobre la conformación y expresión de la personalidad, y lo mismo sucede del modo inverso (Lippa, 2007; APA, 2008). Algunos elementos de la sexualidad humana, como la orientación sexual, la atracción sexual, la homosexualidad, el género y los constructos de masculinidad y feminidad serán conceptos centrales en este trabajo. Si bien se profundizará sobre estas definiciones en el texto, a continuación se detalla un breve resumen para operacionalizar estos términos.

La orientación sexual se define como el patrón duradero de atracción sexual de un individuo hacia el sexo opuesto (heterosexualidad), hacia su mismo sexo (homosexualidad) o hacia ambos (bisexualidad). La atracción sexual supone la atracción sobre la base del deseo sexual y a menudo se utiliza como sinónimo de preferencia o interés sexual (López Alonso, 2014). La homosexualidad, por lo tanto, es una forma de orientación sexual que consiste en la atracción sexual hacia individuos del mismo sexo (APA, 2008). El sexo refiere a la distinción biológica entre hombres y mujeres, pero a menudo resulta insuficiente para aludir a la diferencia sexual dado que sobre ésta también inciden factores culturales y sociales (Rumens y Tyler, 2016). El concepto de género se utiliza para denominar a la condición socialmente construida que integra los roles, comportamientos, actividades y atributos que se identifican con cada sexo (Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). Para unificar ambos conceptos y abarcar tanto a las diferencias biológicas como las culturales, es frecuente el

uso de la expresión “sexo/género” (Rubin, 1975). La concepción tradicional para categorizar las diferencias de sexo/género ha sido un modelo bipolar de masculinidad-feminidad, según el cual la masculinidad se define como las características físicas, psíquicas, sociales y morales que la sociedad considera “propias de un hombre”, y la feminidad como aquellas características que socialmente se identifican como “propias de una mujer” (Spence, 1984, 1985; Lamas; 2000).

Dentro del área de la Psicología de la Personalidad, el tema de estudio de este TFG serán las diferencias de personalidad entre personas heterosexuales y homosexuales. Más concretamente, dejando por fuera a los grupos transexuales, bisexuales e intersexuales, se indagará respecto a la existencia de variaciones estadísticas significativas en la presentación de los rasgos que integran la personalidad de hombres homosexuales en comparación a hombres heterosexuales, y mujeres homosexuales en relación a mujeres heterosexuales. Para tal fin se tomará el modelo de rasgos de los Cinco Grandes (*Big Five*), por ser uno de los más aceptados y difundidos (Morris y Maisto, 2009; Consuegra Anaya, 2010; Schultz y Schultz, 2010). Se trata de rasgos con una fuerte impronta hereditaria que integran un modelo dimensional, es decir que no son categorías estancas sino que forman un continuo entre dos polos, y esto permite hacer una valoración cuantitativa y no meramente descriptiva de sus dimensiones (Schultz y Schultz, 2010). Dentro de cada grupo de rasgos definido (Apertura a la experiencia, Responsabilidad, Extraversión, Amabilidad y Neuroticismo) se analizará cómo se distribuyen sus componentes de acuerdo al sexo/género y la orientación sexual (Feingold, 1994; Costa et al., 2001).

c. Preguntas de investigación

¿Tiene la orientación sexual alguna incidencia sobre la expresión de la personalidad?
¿Existen diferencias estadísticas entre las personalidades de los sujetos heterosexuales y homosexuales? Asumiendo que existen, ¿cuáles son los rasgos que difieren y de qué manera? ¿Qué posibles hipótesis explicativas encontramos para esas discrepancias?

B. Desarrollo teórico

a. La homosexualidad y las polémicas sobre su estudio

i. Concepto de homosexualidad y teorías explicativas

La orientación sexual se define como el patrón duradero de atracción sexual de un individuo hacia el sexo opuesto (heterosexual), hacia su mismo sexo (homosexual) o hacia ambos (bisexual) (Soler, 2005). La homosexualidad es una forma de orientación sexual que consiste en la atracción sexual hacia individuos del mismo sexo (APA, 2008). Se trata de un tipo de comportamiento sexual normal que ha sido observado en todas las épocas históricas y en todas las culturas. La mayoría de los estudios estiman que entre un 2% y un 8% de la población humana es homosexual (Ngun y Vilain, 2014; Legato, 2020). Cabe señalar que la preferencia sexual no siempre se expresa como totalmente homosexual o heterosexual: existe un amplio espectro de orientación sexual que incluye diversos matices de bisexualidad. Esta variación amplia y significativa en la orientación sexual no es exclusiva de los humanos: se observa de un modo muy similar en más de 300 especies de vertebrados, principalmente en mamíferos y aves (Bailey, 2005; Legato, 2020). Vasey (2000) demostró que al menos 33 especies de primates exhiben comportamiento homosexual y que éste parece jugar un papel social importante, mientras que Rice, Friberg y Gavrilets (2013) citan, por ejemplo, las observaciones del comportamiento homosexual en 93 especies de pájaros.

Las teorías biológicas proponen que la orientación sexual y los rasgos de tipo sexual (o sea aquellos que muestran diferencias estadísticas entre hombres y mujeres) están vinculados porque ambos son causados por factores biológicos comunes como genes, niveles hormonales prenatales y estructuras neurales ligadas al sexo (LeVay, 2011; Berenbaum y Beltz, 2011; Ngun y Vilain, 2014; Legato, 2020). En las últimas décadas, la orientación sexual ha sido estudiada desde la neuroendocrinología, la genética y la fisiología (Soler, 2005). Hoy en día se sabe que existen diferencias anatómicas, químicas y funcionales entre el cerebro del hombre y el de la mujer, lo que se conoce como dimorfismo sexual cerebral (Soler, 2005). Estas variaciones no afectan la inteligencia, pero están presentes en diversas regiones que participan en el lenguaje, la memoria, las emociones, la visión, la audición y hasta en la orientación espacial (Cahill, 2005). A partir de la premisa del dimorfismo sexual cerebral se han llevado a cabo múltiples investigaciones procurando analizar los factores biológicos que inciden sobre el sexo y la orientación sexual de hombres y mujeres (Soler, 2005).

Se considera que el dimorfismo sexual del cerebro surge de variaciones en la exposición a andrógenos y estrógenos durante la fase prenatal y durante el período postnatal temprano. Estas hormonas organizan ciertas regiones cerebrales (áreas de la corteza frontal, parietal y

límbica, el hipotálamo y la amígdala) que se convierten en centros de orientación y comportamiento sexual en la vida posterior (Ellis y Ames, 1987; Cahill, 2005; James, 2005; Hines, 2011; Berenbaum y Beltz, 2011). A su vez, estudios llevados a cabo tanto en animales como en humanos sugieren que el estrés materno durante el embarazo podría interferir en la androgenización prenatal, y de ese modo propiciar la futura homosexualidad del embrión en desarrollo (Dorner, 1981). Por otro lado, varias investigaciones han encontrado diferencias estructurales del cerebro relacionadas con la orientación sexual de los sujetos; en concreto, se observan diferencias en el tamaño de tres subregiones: el núcleo supraquiasmático, el tercer núcleo intersticial del hipotálamo anterior y la comisura anterior (LeVay, 2011). Sin embargo, aunque se hayan identificado áreas específicas que influyen en la orientación sexual, aún quedan dudas sobre el modo en que este dimorfismo contribuye a la conducta. La creciente evidencia sugiere que pudo haber existido un valor adaptativo para algunas conductas homosexuales durante la evolución humana, pero no está claro de qué forma se expresó dicho valor (Soler, 2005). Resulta evidente que un solo modelo teórico desde cualquiera de las perspectivas biológicas no alcanza para explicar un fenómeno tan complejo como la orientación sexual humana (Soler, 2005; Hammack, 2005; López Alonso, 2014).

Las teorías psicosociales, por su parte, proponen factores ambientales, sociales y culturales (por ejemplo, socialización de los padres, influencias de los pares y factores culturales como la exposición a los medios y los roles sociales de género) para explicar la orientación sexual y otros comportamientos relacionados con el género (Rahman y Wilson, 2003; James, 2005; Hammack, 2005). Mientras que el sexo refiere a la condición biológica que diferencia fisiológicamente a hombres y mujeres, el género se define como la condición socialmente construida que integra los roles, comportamientos, actividades y atributos que se identifican con cada sexo (Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). Para unificar ambos conceptos y abarcar tanto a las diferencias biológicas como las culturales, es frecuente el uso de la expresión “sexo/género” (Rubin, 1975). Las teorías construccionistas sociales, en oposición a las teorías biológicas, sugieren que la cultura juega el papel decisivo en la relación entre la orientación sexual y las definiciones de masculinidad y feminidad; o sea lo que la sociedad entiende como “propio de un hombre” y “propio de una mujer”, respectivamente (Spence, 1984, 1985; Lamas, 2000; Denman, 2004; López Alonso, 2014). No descartan que los factores biológicos puedan favorecer el vínculo entre la orientación sexual y los rasgos relacionados con el género, pero resaltan como mucho más relevante el papel de los factores culturales en la configuración de ese vínculo (James, 2005; Hines, 2011; López Alonso, 2014). Si bien no hay consenso en la comunidad científica en torno a las causas concretas por las que un individuo desarrolla una orientación sexual dada, se sabe que ésta se determina por una compleja interacción de factores biológicos y ambientales. Incluso,

algunos autores sostienen que queda determinada a una edad muy temprana, anterior a la pubertad (Ågmo & Ellingsen, 2003; Bailey, 2005; APA, 2008; López Alonso, 2014).

ii. Género, homosexualidad y discriminación

Como se mencionó en el párrafo anterior, el género es la construcción social y cultural en torno a los roles, comportamientos, actividades y atributos que se identifican con cada sexo (Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). La perspectiva de género argumenta que las atribuciones y representaciones sociales que se construyen en base a la diferencia sexual no son más que conductas culturalmente aprendidas y, por lo tanto, modificables (Chafetz, 2006). Todas las sociedades estructuran su vida y edifican su cultura en torno a la diferencia sexual, cada una con sus propias versiones sobre la dicotomía hombre/mujer (Butler, 2011).

Esta simbolización cultural de la diferencia anatómica toma forma en un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo. Así, mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres. El género atribuye características "femeninas" y "masculinas" a las esferas de la vida, a actividades y conductas. (Lamas, 2000, p.1)

El género ordena tareas complementarias y actitudes distintas para cada sexo y este hecho dificulta la conceptualización de los hombres y las mujeres como iguales en su categoría de humanos. A raíz de la antigua división sexual del trabajo, el rol de la mujer se valora como inferior al del hombre, y por consiguiente se considera inferior todo lo que se asocia a lo femenino (Lamas, 2000). Desde muy temprano en la infancia, incluso antes de ser capaces de comprender la diferencia sexual, ya comenzamos a percibir las representaciones de lo femenino y lo masculino. En torno a estas representaciones se configura una lógica binaria del género, donde "ser hombre" y "ser mujer" son necesariamente opuestos y responden a estrictas reglamentaciones y prohibiciones simbólicas (Lamas, 2000; Chafetz, 2006; Butler, 2011). Aquellas personas que no cumplen con los mandatos de género en todas sus exigencias, como es el caso de los homosexuales y otras minorías, son rechazadas y discriminadas por el sistema (Spence, 1985; Chafetz, 2006; Butler, 2011). Un dato ilustrativo de este fenómeno es que las minorías sexuales se ven desproporcionadamente afectadas por problemas de salud mental (depresión, ansiedad, abuso de sustancias, tendencias suicidas, etc.) (Feinstein, 2019).

En el caso de los grupos subordinados o discriminados ocurre el llamado "dilema de la diferencia": ignorar la diferencia deja paso a una neutralidad defectuosa, pero centrarse en ella podría acentuar el estigma. Cuando la igualdad y la diferencia se plantean

dicotómicamente, crean una elección imposible: al optar por la igualdad quedamos obligados a negar toda diferencia; y si optamos por la diferencia estamos negando la posibilidad de igualdad (Lamas, 2000). Buscando atacar este dilema, la Teoría Queer (Butler, 2011) sobre el género ha procurado exponer y celebrar la diferencia de los sujetos no heteronormativos (típicamente lesbianas, gays, bisexuales y trans [LGBT]) y sus prácticas como bastiones de resistencia y lucha por la igualdad (Rumens y Tyler, 2016).

Aceptar las variadas formas de existencia social de las personas homosexuales fomenta una nueva conceptualización política y ética sobre la diferencia sexual y el sexo/género (Lamas, 2000). Sin embargo, al 2020 aún hay 70 países en el mundo donde las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo/género están castigadas por ley. En 11 de ellos existe la pena de muerte como castigo, y en otros 26 está penado con más de diez años de cárcel (ILGA, 2019, 2020). En 1990 la Organización Mundial de la Salud (OMS) eliminó la homosexualidad de la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE), pero más de treinta años después todavía proliferan las “terapias de conversión”. Uruguay prohíbe cualquier diagnóstico de salud mental sobre la base exclusiva de la orientación sexual y la identidad de género, y también se encuentra entre los 26 países que reconocen el matrimonio entre personas del mismo sexo/género (ILGA, 2019, 2020). A pesar de la exigencia democrática ampliamente extendida en la actualidad sobre igualdad de trato y oportunidades hacia las minorías homosexuales, en muchos países se aprecia un empoderamiento de los sectores políticos de extrema derecha que las discriminan, oprimen y castigan (Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). También hay evidencia de que en algunos lugares la tolerancia a la homosexualidad está disminuyendo. Por ejemplo en Uganda, donde las relaciones entre personas del mismo sexo/género ya son penadas con hasta 14 años de prisión (como lo son en la mayoría de los países africanos), se está revisando la idea de imponer la pena de muerte (Bailey, Vasey, Diamond, Breedlove, Vilain y Epprecht, 2016).

iii. Polémica sobre el estudio de la homosexualidad

Algunos autores sostienen que el estudio de la homosexualidad, al día de hoy, debería ser un tema de investigación superado (Crompton, 2009). En particular, se cuestiona la ética sobre el estudio de sus causas, es decir, su etiología (Hyde, 1994). Parte de este planteo surge del rechazo a las teorías filosóficas que históricamente han impulsado las investigaciones sobre temas de identidad y orientación sexual. Teorías que concebían a la homosexualidad como un comportamiento patológico y perverso, y que propiciaban su estudio con el único fin de corroborar tales creencias y otorgarles credibilidad científica (Butler, 2011; Crompton, 2009). De acuerdo con Suppe (1994), insistir en defender la legitimidad de la investigación de la etiología de la homosexualidad significa admitir que ésta es parte de una agenda política, no científica. En la medida en que la investigación

está legitimada por los objetivos políticos de sus defensores, es una pieza de ingeniería social más que un intento de hacer ciencia:

La situación aquí es similar a la de los zurdos. A principios del siglo XX se sostenía que usar la mano derecha era lo normal y que ser zurdo era anormal e inferior. Se hicieron intentos estridentes en las escuelas públicas para obligar a todos los niños a ser diestros, y hubo preocupación por hallar qué era lo que causaba la "enfermedad" de los zurdos. Una vez que se aceptó que había una variación natural en la mano dominante, la etiología de la zurda dejó de ser un problema serio de investigación científica. (Suppe, 1994, p.260)

Los estudios sobre la etiología de la homosexualidad prácticamente desaparecen a partir de finales de la década del 90 y la profundización dentro de cualquier tema que destaque las diferencias o particularidades de la homosexualidad sólo se admite si es impulsada por uno de los colectivos que defiende sus derechos (Crompton, 2009). Por un lado, el sesgo conceptual de la ideología desde la que se investiga, sobre todo cuando se trata de un asunto tan politizado como es la sexualidad, a menudo frena cualquier posible aporte al cuerpo de conocimiento científico. Pero la censura política a la investigación es un asunto por demás controvertido dado que atenta contra la imparcialidad sobre la que se edifica la credibilidad de la ciencia (Gannon, Luchetta, Rhodes, Pardie y Segrist, 1992; Hyde, 1994).

A continuación, previo a desarrollar el concepto de personalidad y explicar el modelo de rasgos desde el cual se pretende estudiar la homosexualidad, se hará alusión a algunos paradigmas desde los cuales se suelen estudiar las diferencias por sexo/género y la homosexualidad en la literatura científica desde el enfoque de la Psicología.

b. Paradigmas relevantes en la investigación sobre homosexualidad

i. Escalas de masculinidad-feminidad: una aproximación histórica

El abordaje del estudio del modo de ser y comportarse de las personas homosexuales se realiza, casi indefectiblemente, en comparación a las personas heterosexuales (Lippa, 2005). Para poder pensar en esa comparación primero hay que sentar las bases de las diferencias por sexo/género que existen a la interna de la heterosexualidad normativa (Hoffman, 2001). Durante buena parte del último siglo, la concepción dominante para categorizar las diferencias de sexo/género ha sido un modelo bipolar de masculinidad-feminidad (Spence, 1984). Según este modelo, todas las características psicológicas y los comportamientos que distinguen a los hombres de las mujeres en una sociedad determinada contribuyen a un único factor de masculinidad-feminidad, lo cual permite

asignar a cada individuo una posición a lo largo de este continuo hipotético (Stets y Burke, 2000). Clásicamente, la masculinidad se define como las características físicas, psíquicas, sociales y morales que la sociedad considera “propias de un hombre”; y la feminidad engloba todas aquellas características que socialmente se identifican como “propias de una mujer” (Spence, 1984, 1985; Lamas; 2000).

La primera investigación que buscó conceptualizar masculinidad y feminidad y medir estas orientaciones en hombres y mujeres se originó en el trabajo de Lewis Terman y Catherine Cox Miles, en 1936 (Terman y Miles, 1968). Crearon una prueba que incluyó asociaciones de palabras, asociaciones de manchas de tinta, ítems de interés y otros elementos. Por ejemplo, en los ítems de interés, las personas obtuvieron puntos de feminidad por expresar agrado (y puntos de masculinidad por expresar desagrado) ante los elementos "enfermería" y "bebés"; del mismo modo, se conseguían puntos de masculinidad por apreciar a "personas con voz fuerte" o "ir de caza" (y puntos de feminidad por lo contrario). Asimismo, los participantes obtuvieron puntos de feminidad por estar de acuerdo con que "siempre prefieren que alguien más tome la iniciativa" y que "a menudo tienen miedo de la oscuridad". Y obtuvieron puntos de masculinidad por aceptar que "cuando eran niños eran extremadamente desobedientes" y que "pueden soportar tanto dolor como los demás". Las respuestas fueron discriminadas de acuerdo al sexo/género de los participantes y, en efecto, los resultados arrojaron un mayor índice de masculinidad entre los hombres y una mayor feminidad entre las mujeres (Terman y Miles, 1968; Stets y Burke, 2000).

Esta escala de masculinidad-feminidad (M-F) de 1936 se convirtió en un modelo para las escalas de M-F durante más de tres décadas (Morawski, 1985). Las escalas M-F que le siguieron en esos años compartieron cuatro supuestos con la de Terman y Miles, sosteniendo que masculinidad y feminidad eran: 1) características profundas y duraderas en las personas, 2) no fácilmente observables en el comportamiento abierto, 3) vinculadas a la salud mental y 4) extremos opuestos de un continuo (Morawski, 1987). En la década de 1970, en pleno resurgimiento del movimiento feminista, los investigadores terminaron de desencantarse con el modelo clásico de M-F a causa de tres grandes críticas: 1) las primeras escalas fomentaron la exageración de las diferencias entre hombres y mujeres, 2) las características femeninas en las escalas de M-F frecuentemente suponían connotaciones negativas, y 3) la concepción bipolar de masculinidad-feminidad resultaba problemática, ya que ser masculino o femenino resultaba mutuamente excluyente (Morawski, 1985, 1987; Stets y Burke, 2000). Es en ese entonces que masculinidad y feminidad comienzan a ser conceptualizadas como dos dimensiones separadas e independientes (Lippa, 2005).

En 1978, Spence y Helmreich elaboran un nuevo cuestionario para operacionalizar las escalas M-F donde utilizan el concepto de “instrumentalidad” para referirse a las

características masculinas socialmente esperadas (como ser competitivo, dominante, independiente, orientado a metas) y el de “expresividad” para las cualidades socialmente aceptadas como femeninas (orientación hacia las relaciones interpersonales, amabilidad, empatía, sensibilidad, cuidado de los otros). Aunque este modelo también ha recibido múltiples críticas, al día de hoy continúa siendo uno de los instrumentos más utilizados para evaluar M-F (Hoffman, 2001).

Los conceptos de masculinidad y feminidad vienen siendo fuertemente cuestionados y sus contenidos permanentemente revisados, siendo muchas veces social y políticamente censurados (Spence, 1984; Lamas, 2000; Rumens y Tyler, 2016). Sin embargo, en tanto categorías desde las cuales comprender al ser humano, continúan teniendo plena vigencia porque ninguna sociedad ha conseguido ignorar las diferencias de sexo/género en su entendimiento del mundo (Lamas, 2000; Butler, 2011). Por otra parte, para derribar ciertos estereotipos de lo que popularmente se entiende como femenino y masculino, es imprescindible conocer cuál es la realidad detrás. Por eso no es extraño que las escalas M-F continúen utilizándose en la ciencia para estudiar las diferencias de sexo/género (Hoffman, 2001). Aunque todavía quede mucho por deconstruir en relación a los estereotipos de masculinidad y feminidad, los avances en el uso de estas categorías se reflejan, en parte, en la modificación de los contenidos para cada una de ellas, y, fundamentalmente, en el interés por erradicar la valoración de lo femenino como inferior y lo masculino como virtud (Chafetz, 2006).

ii. Teoría de la Inversión Sexual

Ya entrando en el estudio de las diferencias entre personas homosexuales y heterosexuales, se hace muy difícil evadir un controvertido modelo desarrollado a principios del siglo pasado: la Teoría de la Inversión Sexual (Kite & Deaux, 1987; Lippa, 2001; Dixon, 2009; Allen y Robson, 2020). Este modelo derivó de las teorías clásicas de la sexualidad (Freud, 1905; Ellis, 1915) y buscó explicar el comportamiento homosexual con base en la identificación “cruzada” de roles en la infancia (Kite & Deaux, 1987). Proponía que algunos niños y niñas se identifican tan fuertemente con el padre del sexo/género opuesto que adoptan sus características. Por consiguiente, al crecer se sienten sexualmente atraídos por otros de su mismo sexo/género y también exhiben maneras y actitudes que son características del otro sexo/género. La base fáctica de esta teoría ha sido siempre un tema de gran controversia (Lippa, 2001). Pero por más que este modelo de inversión haya sido escasamente defendido como una descripción de las características reales de los hombres y mujeres homosexuales, existen múltiples investigaciones que sugieren que las personas popularmente creen que los homosexuales poseen características de “sexo cruzado” (Dixon, 2009; Allen y Robson, 2020). En palabras de Kite y Deaux, 1987: “las personas ven

a los homosexuales masculinos y femeninos de manera diferente y estas diferencias son consistentes con la creencia en una teoría de inversión implícita” (p.83).

Existen algunos intentos más actuales de explicar este fenómeno (Lippa, 2001; Allen y Robson, 2020). La concepción fuertemente polarizada del género promovida por algunas culturas tiene implicaciones para las identidades que asumen los hombres y mujeres homosexuales. En pocas palabras, si un hombre siente atracción hacia otros hombres y por esto percibe que falla en cumplir con el estereotipo que la cultura le tiene preestablecido, la única alternativa será identificarse con el estereotipo de mujer. Del mismo modo, al sentir que no cumple con los requisitos de feminidad, la mujer homosexual se identificaría más con la forma de ser de un hombre que con el estereotipo de mujer (Lippa, 2001). En la misma línea, hay quienes sostienen que la causa de que muchos homosexuales oculten su orientación sexual no se debe tanto a la represión social (que no se niega como factor secundario) sino al sentimiento de incompatibilidad que la homosexualidad misma representa para la persona, tanto con las bases sociales establecidas como con su particular sistema de valores morales (Hammack, 2005; Blashill, 2009). Así, Lippa (2001) explica el hecho de que la Teoría de la Inversión Sexual se exprese más claramente en aquellas sociedades donde la orientación sexual está inextricablemente vinculada a las definiciones culturales de masculinidad y feminidad.

De acuerdo a la información que se ha podido recabar para este trabajo de investigación, existe un cuerpo teórico bastante significativo que sostiene una creencia implícita en la Teoría de la Inversión Sexual para describir las características y patrones de comportamiento de las personas homosexuales (Millham, San Miguel y Kellogg, 1976; Sringer y Grygier, 1976; Adelman, 1977; Taylor, 1983; Deaux y Lewis, 1984, Kite & Deaux, 1987; Duckitt y Du Toit, 1989; Schmitt, 2007; Lippa, 2005, 2007, 2008, 2012). A su vez, si bien no son exhaustivos, se aprecian diversos estudios que han procurado contrastar estas creencias (MacDonald y Games, 1974; Millham, San Miguel y Kellogg, 1976; Spence y Helmreich, 1978; Storms, Stivers, Lambers y Hill, 1981; Taylor, 1983; Deaux y Lewis, 1984; Kite & Deaux, 1987; Duckitt y Du Toit, 1989; Lippa, 2005, 2007; Schmitt, 2007; Blashill, 2009; Allen y Robson, 2020).

Para algunos autores, los perfiles de comportamiento homosexual tienden a diferenciarse precisamente en los aspectos más fuertemente vinculados a los roles sexuales culturalmente normativos (Duckitt y Du Toit, 1989; Blashill, 2009). Es decir, al estereotipo de la mujer como sentimental, sensible, afable y volcada al cuidado de los demás, y al del hombre como dominante, asertivo, irascible e independiente (Duckitt y Du Toit, 1989). Varios grupos de investigación han obtenido resultados que indican que las mujeres homosexuales se parecen más al hombre promedio en un conjunto estándar de características, mientras que los hombres homosexuales se parecen más a la mujer

promedio (Taylor, 1983, Kite & Deaux, 1987, Blashill, 2009). Y hay evidencia de que estas inferencias también funcionan en la otra dirección, de modo que la información sobre características específicas puede conducir a inferencias sobre la orientación sexual (Deaux y Lewis, 1984; Kite & Deaux, 1987). Storms, Stivers, Lambers y Hill (1981) mostraron que las mujeres que fueron descritas como masculinas eran percibidas como más propensas a ser homosexuales que las mujeres que fueron descritas como femeninas. Incluso los ya mencionados Spence y Helmreich (1978), al solicitarle a los participantes que puntúen cómo se autoperceben en términos de masculinidad-feminidad, reportaron algunas diferencias pequeñas pero significativas entre hombres y mujeres homosexuales y heterosexuales. Estos resultados corroborarían la hipótesis de que los homosexuales poseen características del heterosexual del otro sexo/género (Spence y Helmreich, 1978).

Deaux y Lewis (1984), por su parte, encontraron que la información sobre las características y roles no consistentes con el sexo/género de la persona (por ejemplo, rasgos femeninos atribuidos a un hombre) conducía a un fuerte aumento en la probabilidad estimada de que esa persona fuera señalada como homosexual. En este sentido, también hay estudios que han observado que los hombres heterosexuales tienen actitudes negativas hacia la participación de comportamientos atípicos de género, principalmente porque les preocupa que las demás personas los puedan confundir con homosexuales; pero cuando se les da la oportunidad de dejar clara su orientación sexual a los demás, tienen una actitud más positiva y expresan mayor interés en participar de tales actos (Bosson, Prewitt-Freilino y Taylor, 2005). Cuando se hacen clasificaciones de características relacionadas con el sexo/género, popularmente se aprecia una mayor divergencia entre hombres homosexuales y heterosexuales que entre mujeres homosexuales y heterosexuales (Kite & Deaux, 1987). Sin embargo, los estudios muestran diferencias hacia ambos lados, sin un consenso respecto a cuál grupo de homosexuales difiere más de sus pares heterosexuales (Lippa, 2001). Aunque los hombres generalmente tienen más actitudes negativas hacia la homosexualidad que las mujeres (LaMar y Kite 1998), ambos grupos tienen estereotipos similares sobre las personas homosexuales (Blashill, 2009).

Pillard (1991) halló que los hombres homosexuales tienden a describirse a sí mismos como tan masculinos como los heterosexuales, pero con mayores niveles de rasgos femeninos. De igual modo, las mujeres homosexuales se autoevalúan tal como las mujeres heterosexuales en cuanto a los rasgos femeninos, pero puntúan más alto que éstas en relación a los rasgos masculinos. Sin embargo, aunque los hombres homosexuales se vean a sí mismos como altos en masculinidad y feminidad, otros están de acuerdo en que son femeninos, pero también los ven mucho menos masculinos que los hombres heterosexuales. Del mismo modo, aunque las mujeres homosexuales se vean a sí mismas como altas en feminidad y masculinidad, los demás tienden a creer que son menos

femeninas y más masculinas que las heterosexuales (Pillard, 1991). En otras palabras, los hombres y mujeres homosexuales tienden a describirse a sí mismos como relativamente andróginos, mientras que los estereotipos los retratan de una manera más limitada, de género cruzado. No resulta sorprendente que la percepción social, basada en estereotipos (o sea formas simplificadas de ver el mundo, donde se exageran tanto las similitudes dentro de un grupo como las diferencias con los demás grupos) sea más extrema que la percepción de las autoevaluaciones (Pillard, 1991; Blashill, 2009).

A lo largo de este capítulo se ha descrito la existencia de una creencia implícita en la Teoría de Inversión Sexual para aludir a lo que vagamente se ha denotado como “características” o “patrones de comportamiento” de las personas homosexuales. Sin embargo, el estudio científico de estas cuestiones debe desarrollarse en el contexto de un marco conceptual firme, que permita definir parámetros a partir de los cuales esas características puedan ser cuantificadas y comparadas. Las teorías de la personalidad pueden proporcionar dicho marco conceptual, y de ellas se ocupará el próximo capítulo.

c. Personalidad

i. Definición de personalidad y Teoría de los Cinco Grandes

El concepto de personalidad refiere al resultado de una serie de factores de orden genético, ambiental y social que constituyen un patrón global y más o menos consistente de sentir, pensar y comportarse (Consuegra Anaya, 2010). La personalidad a menudo se conceptualiza en rasgos, o sea dimensiones relativamente estables de pensamientos, sentimientos, motivaciones y comportamientos que una persona exhibe (Fleeson y Gallagher, 2009). La configuración de un conjunto específico de rasgos es lo que da lugar a la singularidad de cada ser humano (Consuegra Anaya, 2010).

Dentro del estudio de la Personalidad como campo de la Psicología existen múltiples modelos: las teorías psicodinámicas (Freud, Jung, Adler, Horney, Erikson), de rasgos (Cattell, Eysenck, Costa y McCrae), teoría humanista (Rogers), conductista (Skinner), cognoscitiva (Kelly) y del aprendizaje social (Bandura), entre otras. Algunos de estos modelos se limitan a describir la estructura e integración de la personalidad y otros van más allá y buscan explicar su origen, desarrollo y evolución. Hay quienes investigan sobre lo que hace a la unicidad de cada individuo y quienes optan por centrarse en las características compartidas. También hay una amplia gama de posturas entre quienes sostienen que la personalidad es fundamentalmente heredada y aquellos que defienden a la interacción con el entorno como condicionante principal. Pero, en general, existe consenso respecto a la idea de que la personalidad es una organización más o menos estable de atributos que se

mantiene a lo largo de la vida (Morris y Maisto, 2009; Schultz y Schultz, 2010).

Para este trabajo se optó por utilizar uno de los modelos dentro de las teorías de rasgos: la teoría de los “Cinco Grandes” de Robert McCrae y Paul Costa:

A pesar de las diferencias culturales presentes en las estructuras sociales, en la religión, en los sistemas políticos y en el lenguaje mismo, las personas en todas partes del mundo difieren entre sí en las mismas dimensiones básicas. Los aspectos de la personalidad que se fomentan y cómo se expresan varían de una cultura a otra, pero la materia prima es muy parecida. El descubrimiento de una estructura de personalidad universal comienza a trasladar a la Psicología de la Personalidad de las ciencias sociales a las ciencias biológicas. (Costa y McCrae, 1998, p.108)

En las últimas décadas se viene dando una progresiva aceptación hacia la aplicabilidad de esta teoría para describir la estructura de orden superior de la personalidad (Morris y Maisto, 2009, Schultz y Schultz, 2010). Las dimensiones que integran el modelo son: Amabilidad (inversión en mantener relaciones positivas y recíprocas con otros), Responsabilidad (tendencia al comportamiento planificado, organizado y responsable), Neuroticismo (inestabilidad emocional, incapacidad para lidiar con las emociones negativas, sensibilidad), Extraversión (actividad y dominio en situaciones sociales) y Apertura a la experiencia (curiosidad, inventiva y creatividad). El modelo de los Cinco Grandes se fundamenta en la consideración de que estas cinco amplias dimensiones de personalidad pueden abarcar la mayor parte de los rasgos de personalidad existentes (Schultz y Schultz, 2010).

Cada rasgo se comporta como un continuo bipolar (por ejemplo: Neuroticismo/Estabilidad emocional), además de subdividirse en distintos sub-rasgos o facetas (en este caso: ansiedad, hostilidad, depresión, ansiedad social, impulsividad y vulnerabilidad). Los rasgos se distribuyen de acuerdo a una curva normal y continua. En lugar de pensar las dimensiones de modo dicotómico (Extraversión-Introversión, por ejemplo), el autor nos invita a analizar cada rasgo de acuerdo a cinco niveles que corresponden a bandas anchas de desviación estándar. Alrededor del 38% de la población se ubica estadísticamente dentro del rango promedio; otro 24% hacia cada lado estará en los rangos alto y bajo, y aproximadamente el 7% estará en los rangos muy alto y muy bajo (Costa y McCrae, 1998).

Debe señalarse que las categorías que definen cada rasgo no son un *a priori* de los investigadores sino que surgen de análisis estadísticos realizados sobre datos de múltiples estudios (McCrae, 2001). El análisis factorial fue la herramienta que permitió a los investigadores resumir las correlaciones entre los conjuntos de variables que, a menudo, resultaban redundantes. Si, por ejemplo, tuviéramos que calificar a un grupo de personas

por su valentía y su coraje, esperaríamos fuertes correlaciones positivas entre los dos conjuntos de calificaciones dado que son prácticamente sinónimos. Así, el análisis factorial identifica grupos de variables similares y consigue nuclearlas en diferentes dimensiones o factores (Costa y McCrae, 1998).

A raíz de varios estudios con gemelos, se estima que aproximadamente el 40-50% de la variación en los rasgos de los Cinco Grandes se debe a un origen genético, lo cual supone un fuerte componente hereditario (South y Jarnecke, 2015). A su vez, se observan diferencias bastante robustas en estos rasgos de acuerdo al sexo/género, sosteniéndose en una amplia gama de medidas, fuentes de datos, edades y culturas (Schmitt, Realo, Voracek & Allik, 2008). A continuación se describen las principales características de los Cinco Grandes y algunas diferencias por sexo/género:

- Amabilidad

Comprende facetas relacionadas con el altruismo, como la empatía y la afabilidad. Implica una tendencia hacia la cooperación, el mantenimiento de la armonía social y la consideración de las preocupaciones de los demás (en oposición a la explotación o la victimización de los demás). En promedio, las mujeres obtienen puntajes más altos que los hombres en este rasgo (Feingold, 1994; Costa et al., 2001).

- Neuroticismo

Describe la tendencia a experimentar emociones negativas y procesos relacionados en respuesta a amenazas y castigos percibidos; estos incluyen ansiedad, depresión, ira, autoconciencia y labilidad emocional. La ira es la única faceta del Neuroticismo en la que las mujeres no exhiben puntajes más altos que los hombres (Costa et al., 2001).

- Responsabilidad

Describe elementos vinculados con la autodisciplina, la organización y el control de los impulsos, y refleja la capacidad de ejercer autocontrol al momento de seguir las reglas o mantener el objetivo. Para algunos autores, las mujeres obtienen una puntuación algo más alta que los hombres en ciertas facetas de este rasgo, como el orden, la obediencia y la autodisciplina (Feingold, 1994; Costa et al., 2001). Sin embargo, estas diferencias no son consistentes entre las diferentes culturas (Costa et al., 2001).

- Extraversión

Refleja la sociabilidad, asertividad y emocionalidad positiva. Las personas extrovertidas se orientan hacia el mundo exterior, prefieren estar en compañía y tienden a ser más impulsivas, audaces y dominantes que las introvertidas (Schultz y Schultz, 2010). Mientras que las diferencias de sexo/género son pequeñas en el dominio general de la Extraversión (con una puntuación apenas más alta en favor de las mujeres), a nivel de las facetas del rasgo se aprecian importantes diferencias por sexo/género. Las mujeres tienden a obtener puntajes más altos en calidez, gregariedad y emociones positivas, mientras que los hombres exhiben puntajes más altos en la búsqueda de emoción y tienden a ser más dominantes y agresivos que las mujeres (Feingold, 1994; Costa et al., 2001).

- Apertura a la experiencia

Integra la imaginación, la creatividad, la curiosidad intelectual y la apreciación de lo estético. En términos generales, la Apertura se relaciona con la capacidad e interés en atender y procesar estímulos complejos. No se encuentran diferencias de sexo/género significativas a nivel de rasgo, probablemente debido a su contenido tan divergente. Sin embargo, se ha encontrado que las mujeres obtienen puntajes más altos que los hombres en las facetas de estética y sentimientos (Costa et al., 2001), mientras que los hombres tienden a obtener puntajes más altos en inventiva (Feingold, 1994; Costa et al., 2001).

Ya habiendo sentado las bases teóricas necesarias, en el siguiente capítulo se abordará la temática central de este TFG: el estudio de los rasgos de personalidad en hombres y mujeres homosexuales.

d. Personalidad y homosexualidad

i. Los Cinco Grandes en la homosexualidad

Los rasgos de personalidad evaluados desde los modelos de masculinidad y feminidad (desde el de Terman y Miles de 1936, hasta el propuesto por Spence y Helmreich en 1978) se superponen con una serie de facetas de los Cinco Grandes (Lippa, 1995, 2007, 2008, 2012; Schmitt, 2007; Allen y Robson, 2020). En este apartado se analizarán los resultados de algunos estudios que comparan las puntuaciones de los Cinco Grandes entre las siguientes poblaciones: hombres heterosexuales, hombres homosexuales, mujeres heterosexuales y mujeres homosexuales. Dado que otras minorías sexuales (como los

transexuales, intersexuales y bisexuales) no han sido estudiadas con la misma frecuencia y profundidad que la población homosexual, y que las pocas investigaciones que las incluyen a menudo presentan resultados contradictorios, se ha decidido no incluirlas en este análisis (Bailey, Vasey, Diamond, Breedlove, Vilain y Epprecht, 2016).

La mayoría de los trabajos a los que se hará referencia a continuación son meta-análisis de datos que cuantifican cada variable mediante un indicador denominado el “tamaño del efecto”, que se construye específicamente para cada estudio. Para comparar una variable particular entre dos poblaciones se pueden utilizar distintos indicadores (por ejemplo el valor d) que, en esencia, miden la diferencia entre el tamaño del efecto de ambas poblaciones (Cohen, 1988). En el caso del valor d , se considera que 0.2, 0.5 y 0.8 representan diferencias pequeña, mediana y grande respectivamente (Lippa, 2005).

En 2005, Lippa analizó los resultados de ocho estudios basados en autoevaluaciones que medían masculinidad-feminidad auto atribuidas, intereses ocupacionales relacionados con el sexo/género y las medidas de los Cinco Grandes de la personalidad ($n=7651$, siendo n el tamaño de la muestra). Hubo grandes diferencias entre hombres y mujeres heterosexuales en masculinidad/feminidad ($d=2.83$) y en los intereses vinculados al sexo/género ($d=2.65$), pero diferencias mucho menores en las variables de personalidad (entre $d=0.19$ y $d=0.48$), con un promedio más alto en mujeres que en hombres para Neuroticismo y Amabilidad (Lippa, 2005, 2012). Tanto los hombres homosexuales como las mujeres homosexuales tuvieron un promedio de Apertura más alto que las personas heterosexuales del mismo sexo/género ($d=-0.47$ en mujeres y $d=-0.42$ en hombres). En Neuroticismo, las personas homosexuales diferían en direcciones opuestas de las personas heterosexuales del mismo sexo/género, los hombres homosexuales con un promedio más alto que los hombres heterosexuales ($d=0.20$), y las mujeres homosexuales con un promedio algo más bajo que las mujeres heterosexuales ($d=0.30$) (Lippa, 2005).

Otro estudio de gran muestra sobre la personalidad y la orientación sexual ($n=12.899$, abarcando 48 países) fue el de Schmitt (2007), que evaluó autoinformes de personalidad de los Cinco Grandes en relación a la sexualidad (Encuesta *ISPD*: Proyecto Internacional de Descripción de la Sexualidad, inventario *BFI* sobre los Cinco Grandes e Inventario *SOI*, de Orientación Sociosexual). Schmitt también observó que, tanto en hombres como mujeres, las personas homosexuales tenían un promedio de Apertura algo mayor que las heterosexuales ($d=-0.17$ en hombres y $d=-0.33$ en mujeres). A su vez, los hombres homosexuales promediaron ligeramente más alto en Neuroticismo que los hombres heterosexuales ($d=0.28$), pero los resultados de las mujeres para este rasgo no fueron concluyentes (Schmitt, 2007).

En un trabajo más reciente, Allen y Robson (2020) realizaron una revisión sistemática de la bibliografía actual sobre el tema e implementaron un meta-análisis a partir de los resultados de 21 estudios. En total, el estudio abarcó a 346.723 hombres y mujeres, con un promedio de edad de 30 años. Los rasgos de los Cinco Grandes fueron medidos a través del tamaño del efecto proporcionado por cada estudio o, en algunos casos, inferido de los datos presentados. En este caso, la comparación entre las poblaciones homosexuales y heterosexuales de cada sexo/género se realizó por medio de una medida estandarizada de la diferencia (*standardized mean difference, SMD*) entre homosexuales y heterosexuales. El valor de esta medida oscila entre -1 y 1, lo cual implica que cuanto más positiva sea la SMD, más fuertemente se presenta ese rasgo en la población homosexual en relación a la heterosexual del mismo sexo/género. Recíprocamente, valores negativos de la SMD indican mayor prevalencia del rasgo en la población heterosexual que en la homosexual, siempre del mismo sexo/género. A continuación se presentan dos gráficos elaborados a partir de los resultados del trabajo de Allen y Robson (2020), mostrando los resultados de SMD para cada rasgo, en hombres y en mujeres.

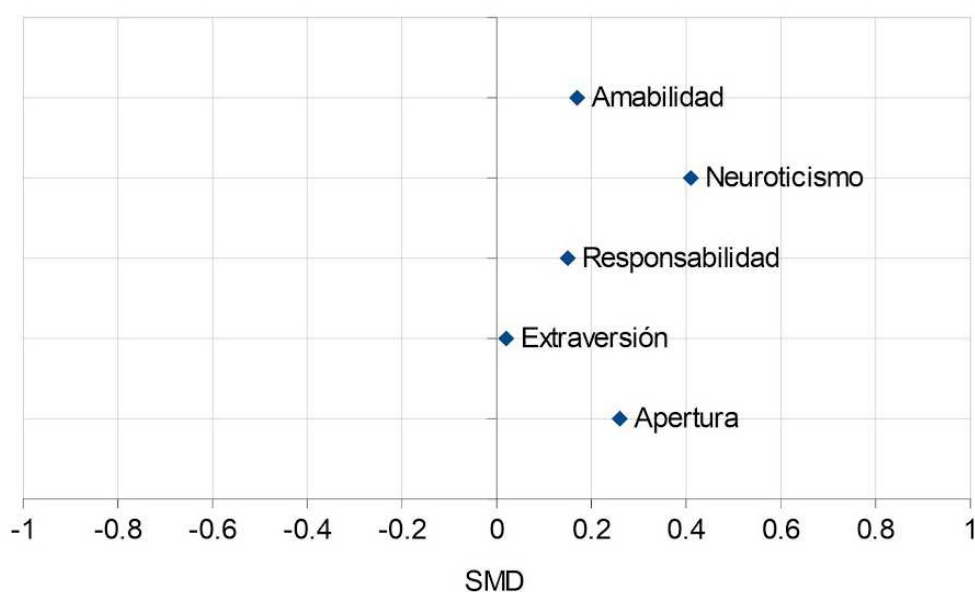


Figura 1. Diferencias de rasgos en hombres (homosexuales-heterosexuales). Se muestra la medida de la diferencia de cada rasgo en hombres: el rasgo es más marcado en homosexuales que en heterosexuales cuando puntúa positivo, y viceversa para el caso de las puntuaciones negativas. Consideramos significativa la diferencia cuando es menor a -0,2 o mayor a 0,2.

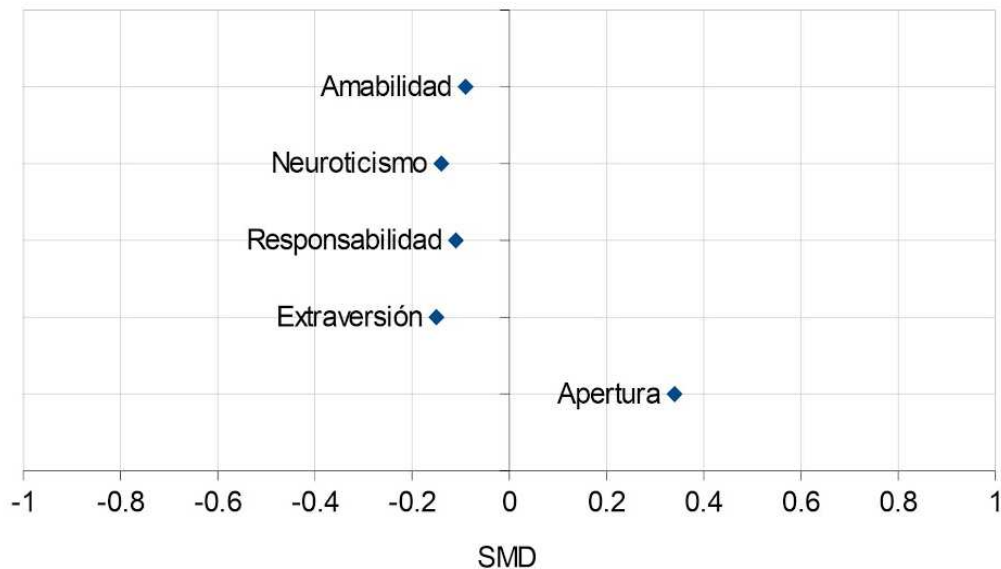


Figura 2. Diferencias de rasgos en mujeres (homosexuales-heterosexuales), ídem gráfico anterior.

En las Figuras 1 y 2, los rasgos de los Cinco Grandes son comparados entre hombres (homosexuales y heterosexuales) y entre mujeres (homosexuales y heterosexuales). En la siguiente descripción de la expresión de los rasgos se procurará contemplar las demás comparaciones posibles para los cuatro grupos estudiados: hombres heterosexuales, hombres homosexuales, mujeres heterosexuales y mujeres homosexuales.

- El rasgo Amabilidad, según la mayoría de los investigadores, presenta diferencias significativas tanto en relación al sexo/género como a la orientación sexual. Las mujeres heterosexuales y los hombres homosexuales tienden a obtener puntuaciones más elevadas de empatía, afabilidad, cooperación e interés por el cuidado de los demás (Feingold, 1994; Lippa, 2001, 2005, 2012; Costa et al., 2001; Schmitt, Realo, Voracek y Allik, 2008). Para Allen y Robson (2020) si bien la diferencia existe, no resulta estadísticamente destacable (ver Figuras 1 y 2). Curiosamente, de algunas investigaciones efectuadas con gemelos se desprende que cuatro de los Cinco Grandes revelan un componente hereditario más marcado: Neuroticismo, Responsabilidad, Extraversión y Apertura; mientras que el rasgo Amabilidad presenta un componente ambiental más significativo (Bergeman et.al., 1993; Pedersen, Plomin, McClearn y Friberg, 1998).
- En el rasgo Neuroticismo, los hombres homosexuales y las mujeres puntúan más alto que los hombres heterosexuales en la mayoría de las facetas excepto la ira: ansiedad, depresión, ternura, altruismo, emocionalidad. En este rasgo las mujeres homosexuales no presentan diferencias estadísticas significativas en relación a sus

pares heterosexuales, pero en hombres es el rasgo con mayor variación (Costa et al., 2001; Schmitt, 2007; Lippa, 2012; Allen y Robson, 2020).

- En el rasgo Responsabilidad, las diferencias entre homosexuales y heterosexuales no son tan claras, al igual que sucede con las diferencias entre hombres y mujeres (Duckitt y Du Toit, 1989; Allen y Robson, 2020). Algunos hallazgos muestran que los hombres homosexuales obtienen puntajes más bajos que los heterosexuales en sumisión a la autoridad, una escala en la que de por sí los hombres generalmente puntúan menos que las mujeres. Esto sugiere que los hombres homosexuales poseen una característica acentuada de no conformidad o autonomía, que probablemente sea compartida con las mujeres homosexuales, pero hacen falta más estudios para corroborarlo (Sringer y Grygier, 1976; Adelman, 1977; Duckitt y Du Toit, 1989; Lippa, 2008).
- En el rasgo Extraversión, los hombres heterosexuales y las mujeres homosexuales obtienen puntuaciones más altas que sus pares en las facetas de agresividad, dominación y asertividad y más bajas en sociabilidad, gregariedad y calidez. De todos modos, el nivel de agresividad y dominación de las mujeres homosexuales es inferior al de los hombres heterosexuales (Feingold, 1994; Lippa, 2001, 2005, 2007, 2012; Costa et al., 2001; Schmitt, Realo, Voracek y Allik, 2008).
- En el rasgo de Apertura a la experiencia, las personas homosexuales (tanto hombres como mujeres) en general obtienen puntajes superiores que las heterosexuales, principalmente en las facetas de interés por la estética y conciencia introspectiva (Schmitt, 2007; Lippa, 2005, 2008; Allen y Robson, 2020). Algunos autores explican este fenómeno como producto del rol social que les otorga la pertenencia a minorías sexuales que violan las normas de género tradicionales y desafían los convencionalismos. Al igual que lo que sucede con la baja sumisión a la autoridad y la potenciación de la autonomía, hay investigaciones que sugieren que la condición marginal del estatus de minoría puede fomentar la creatividad intelectual y el logro artístico, alentar la introspección, las actitudes liberales y la simpatía por los grupos que se apartan de la corriente principal (Lippa, 2012).

En el siguiente cuadro se pueden apreciar estos resultados, de modo simplificado, para facilitar la comparación entre los cuatro grupos.

	Hombres		Mujeres		Diferencias globales del rasgo:
	Heterosexuales	Homosexuales	Heterosexuales	Homosexuales	
Amab.	No destaca	Empatía, afabilidad, cooperación, cuidado de los demás		No destaca	Más alto en mujeres heterosexuales y en hombres homosexuales
Neuro.	Ira	Ansiedad, depresión, ternura, labilidad emocional			Más alto en mujeres en general y en hombres homosexuales
Respo.	No destaca	Baja sumisión, mayor autonomía	No destaca	Sospecha de baja sumisión (escasa investigación)	Neutro
Extra.	Agresividad, dominación y asertividad	Sociabilidad, gregariedad y calidez		Agresividad, dominación y asertividad (en menor grado que hombres heterosexuales)	Neutro en lo global, con diferencias por sexo/género y orientación sexual en algunas facetas del rasgo
Apert.	Inventiva	Más alto que en la población general. Destacan el interés por la estética y conciencia introspectiva	Estética y sentimientos	Más alto que en la población general. Destacan el interés por la estética y conciencia introspectiva	Neutro entre hombres y mujeres en general pero más alto en personas homosexuales (tanto hombres como mujeres)

Figura 3. Descripción de rasgos y facetas destacadas dentro de cada grupo. Datos basados en los estudios de Lippa (2005, 2007, 2008, 2012), Schmitt (2007) y Allen y Robson (2020) .

C. Síntesis y reflexiones finales

En las ciencias sociales y humanas suele ser difícil identificar si el vínculo entre dos variables se debe a la existencia de una relación causal o a una correlación producto de factores comunes (Florián, 2012). La relación entre personalidad y orientación sexual no escapa a esta disyuntiva. Si bien podría existir una relación causa-efecto entre ambas, en principio no puede descartarse que simplemente sean características influenciadas por factores biológicos y ambientales comunes, tales como el estilo parental o la regulación hormonal (Allen y Robson, 2020). Por un lado, es sabido que los estereotipos pueden propiciar cambios de comportamiento que progresen hacia rasgos de personalidad estables (Lippa, 2008). En este sentido, la conformación de una identidad sexual particular, tanto por adecuación como por oposición al estereotipo, tiende a producir modificaciones en los rasgos de personalidad (Allen y Robson, 2020). Recíprocamente, existen argumentos que sugieren una relación causal inversa. En concreto, el rasgo Apertura desempeña un rol fundamental en ciertas etapas del desarrollo de la identidad sexual en las que se suele asentar la aceptación de la orientación sexual (Zoeterman y Wright, 2014). Por lo tanto, las personas con mayor grado de Apertura (que exploran diferentes valores, ideas y formas de ser) tienen mejores posibilidades para comprender y afirmar su orientación sexual cuando ésta no es heteronormativa (Zoeterman y Wright, 2014; Allen y Robson, 2020).

A modo de síntesis de los resultados encontrados, concluimos que existe un cuerpo de evidencia suficiente como para sostener y fundamentar la idea de que las personas homosexuales tienden a presentar características de personalidad similares a aquellas de los heterosexuales del sexo/género opuesto. En otras palabras, la personalidad de los hombres homosexuales se asemeja más a la de las mujeres heterosexuales que a la de los hombres heterosexuales; y del mismo modo, la personalidad de las mujeres homosexuales es más parecida a la de los hombres heterosexuales que a la de las mujeres heterosexuales. Sin embargo, se trata de una diferencia de pequeña a moderada, al igual que sucede con la variación entre hombres y mujeres en general.

Tras repasar algunos modelos teóricos y varios estudios (teorías sobre la homosexualidad, escalas de masculinidad-feminidad y teoría de la Inversión Sexual), tomamos el modelo de los Cinco Grandes para describir y cuantificar los rasgos de personalidad en las personas homosexuales. Observamos que las mujeres homosexuales tienden a puntuar un poco por debajo de las mujeres heterosexuales en Amabilidad y Extraversión, y se discute si también en Neuroticismo. Dentro de Responsabilidad, se sospecha que poseen una característica acentuada de autonomía (menor sumisión a la autoridad) en relación a las mujeres heterosexuales, pero por lo demás es un rasgo sin diferencias. Dentro de Extraversión, las facetas de agresividad, dominación y asertividad son más altas para este grupo que las de sociabilidad, gregariedad y calidez (Schmitt, 2007; Lippa, 2001, 2005, 2007, 2008, 2012;

Allen y Robson, 2020).

Los hombres homosexuales, por su parte, puntúan considerablemente más alto que los hombres heterosexuales en el rasgo Neuroticismo en la mayoría de sus facetas excepto la ira: ansiedad, depresión, ternura, altruismo, emocionalidad. Para el rasgo Amabilidad los resultados no son concluyentes pero muchos autores consideran que puntúan más alto que sus pares heterosexuales en empatía, afabilidad, cooperación e interés por el cuidado de los demás. En Responsabilidad y Extraversión las diferencias entre hombres homosexuales y heterosexuales no son significativas, pero dentro de las facetas de Responsabilidad los homosexuales puntúan más alto en autonomía, y dentro de Extraversión destacan en sociabilidad, gregariedad y calidez y puntúan más bajo en agresividad, dominación y asertividad. A su vez, las personas homosexuales (tanto hombres como mujeres) obtienen puntuaciones más altas que las heterosexuales en el rasgo Apertura a la experiencia, principalmente en las facetas de interés por la estética y conciencia introspectiva. Algunos autores buscan explicar estos resultados señalando que la condición marginal de minoría podría potenciar la creatividad intelectual, el logro artístico y la introspección (Schmitt, 2007; Lippa, 2001, 2005, 2007, 2008, 2012; Allen y Robson, 2020).

Una de las principales reflexiones que nos ha surgido en este trabajo es en parte ajena a los temas centrales que se han abordado sobre homosexualidad y personalidad, y tiene que ver con la inequidad de género y la valoración de la mujer como inferior al hombre. Al estudiar las características de personalidad del hombre homosexual con datos estadísticos, es posible apreciar cierto grado de correlación con el estereotipo social de “hombre afeminado”. Obtener estos resultados al principio nos resultó difícil de asumir, dado que esperábamos que no existieran diferencias de personalidad que sustentaran de modo alguno tal estereotipo, que es motivo de un rechazo tan extendido hacia los hombres homosexuales. Sin embargo, esta revelación nos llevó a poder pensar el tema con mayor profundidad. Al asimilar que el hombre homosexual es efectivamente más afeminado que el hombre heterosexual (hablando de promedios estadísticos, no del caso particular) logramos ver que el problema con este estereotipo no es, como sucede en otros casos, que carezca de correlato con la realidad y se juzgue a estas personas por características que no poseen. Aquí se trata de un problema más vasto, que tiene que ver con la valoración de lo femenino, y el primer paso fue reconocer y desarmar nuestro propio juicio negativo sobre esta idea de “lo afeminado”.

¿Por qué genera incomodidad que el varón sienta preferencia hacia aquellas cosas “propias de una mujer”? Nuestra apreciación es que en la discriminación hacia el hombre afeminado es donde se revela la forma más auténtica de discriminación hacia la mujer. La discriminación hacia la persona homosexual no se da tanto por su orientación sexual como por su ruptura con el rol social esperado en cuanto a lo masculino y femenino (Spence,

1985; Chafetz, 2006). El hecho de que un hombre sienta una preferencia sexual hacia otros hombres no es tan penado socialmente como lo es el hecho de parecerse a una mujer en su modo de ser y comportarse. Tiende a suceder que cuanto menos femenino y más masculino es el hombre homosexual, más se lo respeta (Butler, 2011). Y esto se observa incluso dentro de los propios círculos de personas homosexuales. La discriminación hacia las mujeres homosexuales por su falta de conformidad con el rol esperado también ocurre: cuanto más masculina es la mujer, mayor es el rechazo. Pero de todos modos no se castiga tanto la masculinidad en la mujer como la femineidad en el hombre (Chafetz, 2006).

El cambio socio-cultural que se viene dando en favor de la diversidad, de la equidad, de la adquisición de derechos largamente ignorados, y del derrumbe de estereotipos y estructuras heteronormativas patriarcales, refleja una transformación profundamente positiva para el desarrollo de una sociedad más justa (Spence, 1985; Lamas, 2000; APA, 2008; Butler, 2011; Rumens y Tyler, 2016). Nuestra postura celebra enormemente estos avances, pero a la vez se opone al dogma implícito de aceptar la diversidad sin cuestionarla. Para que exista una transformación profunda a favor de la tolerancia y aceptación de la diversidad en una sociedad, la imposición política no es suficiente. Es un comienzo, pero lo cierto es que la coyuntura política puede cambiar con la facilidad de una moda si no posee un sustento ideológico firme, con el peligro de que se pierdan los derechos conquistados para estas minorías. Y para que los argumentos de esas ideas sean convincentes deben procurar ser imparciales: sin un arraigo en el conocimiento objetivo, las concepciones morales nos dejan a la deriva. Actualmente se observa que el interés por las investigaciones en torno a grupos de género minoritarios está siendo reprimido (Crompton, 2009), y pensamos que en los temas políticamente controvertidos es precisamente donde más se debería buscar información objetiva, basada en la ciencia. Si aspiramos a que el cambio sea cultural deberíamos poder hablar de estos temas sin censuras. Queremos la aceptación de la diferencia, pero no a su pesar. Queremos una aceptación que cuestione, analice, compare, integre y comprenda la diferencia.

D. Referencias Bibliográficas

- Adelman, M. R. (1977). A comparison of professionally employed lesbian and heterosexual women on the MMPI. *Archives of Sexual Behavior*, 6(3): 193-201.
- Ågmo, A. y Ellingsen, E. (2003). Relevance of non-human animal studies to the understanding of human sexuality. *Scandinavian Journal of Psychology*, 44: 293-301.
- Allen, M. y Robson, D. A. (2020). Personality and Sexual Orientation: New Data and Meta-analysis, *The Journal of Sex Research*. doi: 10.1080/00224499.2020.1768204
- American Psychological Association (2008). Answers to your questions: For a better understanding of sexual orientation and homosexuality. Washington DC. Recuperado de: www.apa.org.
- Bailey, J. M. (2005). Sexual orientation: Genetics. *Encyclopedia of Life Sciences (ELS)*. Chichester: John Wiley & Sons, Ltd.
- Bailey, N. W. y Zuk, M. (2009). Same-sex sexual behavior and evolution. *Trends in Ecology and Evolution*, 24: 439-446.
- Bailey, J. M., Vasey, P. L., Diamond, L. M., Breedlove, S. M., Vilain, E., y Epprecht, M. (2016). Sexual orientation, controversy, and science. *Psychological Science in the Public Interest*, 17(2): 45-101. doi: 10.1177/1529100616637616
- Bao, A. M. y Swaab, D. F. (2011). Sexual differentiation of the human brain: Relation to gender identity, sexual orientation and neuropsychiatric disorders. *Frontiers in Neuroendocrinology*, 32: 214-226.
- Butler, J. (2011). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routledge.
- Berenbaum, S. A. y Beltz, A. M. (2011). Sexual differentiation of human behavior: Effects of prenatal and pubertal organizational hormones. *Frontiers in Neuroendocrinology*, 32: 183-200.
- Blashill, A. J. (2009). Gay stereotypes: The use of sexual orientation as a cue for gender-related attributes. *Sex roles*, 61(11-12): 783-793.
- Bosson, J. K., Prewitt-Freilino, J. L. y Taylor, J. N. (2005). Role rigidity: A problem of identity misclassification? *Journal of Personality and Social Psychology*, 89(4): 552.
- Cahill, L. (2005). Dimorfismo sexual cerebral. En: *Investigación y ciencia*, 346: 6-15.
- Chafetz, J. S. (2006). *Handbook of the Sociology of Gender*. Texas: Springer Science & Business Media.
- Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences*. Nueva York: Routledge.
- Consuegra Anaya, N. (2010). *Diccionario de Psicología*. Bogotá: Ecoe Ediciones.
- Costa, P. T. y McCrae, R. R. (1998). Trait Theories of Personality. *Advanced Personality*, 103-121. doi:10.1007/978-1-4419-8580-4_5

- Costa, P. T., Terracciano, A., y McCrae, R. R. (2001). Gender differences in personality traits across cultures: Robust and surprising findings. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81: 322-331.
- Crompton, L. (2009). *Homosexuality and Civilization*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Deaux, K. y Lewis, L. L. (1984). Structure of gender stereotypes: interrelationships among components and gender label. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46: 991-1004.
- Denman, C. (2004). *Sexuality: a biopsychosocial approach*. Gordonsville, VA: Palgrave Macmillan.
- Dixon, J. (2009) Havelock Ellis and John Addington Symonds, Sexual Inversion (1897). *Victorian Review*, 35: 72-77. The Johns Hopkins University Press.
- Dorner, G. (1981). Sex hormone dependent brain differentiation and sexual behavior. *Experimental Brain Research*, 3: 238-242.
- Duckitt, J. y Du Toit, L. (1989). Personality Profiles of Homosexual Men and Women. *The Journal of Psychology*, 123(5): 497-505. doi: 10.1080/00223980.1989.10543004
- Ellis, H. (1915). *Studies in the Psychology of Sex: Sexual inversion*. Filadelfia: F.A. Davis Company.
- Ellis, L. y Ames, M. A. (1987). Neurohormonal functioning and sexual orientation: a theory of homosexuality–heterosexuality. *Psychological Bulletin*, 101: 233-258.
- Feingold, A. (1994). Gender differences in personality: a meta-analysis. *Psychological Bulletin Journal*. 116: 429-456.
- Feinstein, B. A. (2019). The Rejection Sensitivity Model as a Framework for Understanding Sexual Minority Mental Health. *Archives of Sexual Behavior*, (1): 1-12. <https://doi.org/10.1007/s10508-019-1428-3>
- Fleeson, W. y Gallagher, P. (2009). The implications of Big Five standing for the distribution of trait manifestation in behavior: fifteen experience-sampling studies and a meta-analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97: 1097-1114.
- Florián, B. V. (2012). *Diccionario de filosofía*. Colombia: Panamericana Editorial.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras Completas*, Vol. III: 3433-3656. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gannon, L., Luchetta, T., Rhodes, K., Pardie, L. y Segrist, D. (1992). Sex bias in psychological research: Progress or complacency? *American Psychologist*, 47(3): 389-396. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.47.3.389>
- Hammack, P. L. (2005). The life course development of human sexual orientation: An integrative paradigm. *Human development*, 48: 267-290.
- Hines, M. (2011). Prenatal endocrine influences on sexual orientation and on sexually differentiated childhood behavior. *Frontiers in Neuroendocrinology*, 32: 170-182.

- Hoffman, R. M. (2001). The measurement of masculinity and femininity: Historical perspective and implications for counseling. *Journal of Counseling & Development*, 79(4): 472-485. doi.org/10.1002/j.1556-6676.2001.tb01995.x
- Hyde, J. S. (1994). I. Should Psychologists Study Gender Differences? Yes, with Some Guidelines. *Feminism & Psychology*, 4(4): 507-512.
- ILGA, (2019). *Annual Review of the Human Rights Situation of Lesbian, Gay, Bisexual, Trans and Intersex People*. Bélgica: ILGA-Europe. Disponible en: <https://www.ilga-europe.org/annualreview/2019>
- ILGA, (2020). *Annual Review of the Human Rights Situation of Lesbian, Gay, Bisexual, Trans and Intersex People*. Bélgica: ILGA-Europe. Disponible en: <https://www.ilga-europe.org/annualreview/2020>
- James, W. H. (2005). Biological and psychosocial determinants of male and female human sexual orientation. *Journal of Biosocial Science*, 37: 555-567.
- Kite, M. E. y Deaux, K. (1987). Gender Belief Systems: Homosexuality and the Implicit Inversion Theory. *Psychology of Women Quarterly*, 11: 83-96. doi: 10.1111/j.1471-6402.1987.tb00776.x
- LaMar, L. y Kite, M. (1998). Sex differences in attitudes toward gay men and lesbians: A multidimensional perspective. *Journal of Sex Research*, 35(2): 189-196. doi: 10.1080/00224499809551932
- Lamas, M. (2000). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, Grupo Editorial Miguel Ángel.
- Legato, M. J. (2020). Homosexuality: the biological basis of differences in sexual orientation. *The Plasticity of Sex*, 55-62. doi: 10.1016/b978-0-12-815968-2.00005-0
- LeVay, S. (2011). From mice to men: Biological factors in the development of sexuality. *Frontiers in Neuroendocrinology*, 32: 110-113.
- Lippa, R. A. (1995). Gender-related individual differences and psychological adjustment in terms of the Big Five and circumplex models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69(6): 1184-1202. doi: 10.1037/0022-3514.69.6.1184
- Lippa, R. A. & Tan, F. D. (2001). Does Culture Moderate the Relationship Between Sexual Orientation and Gender-Related Personality Traits? *Cross-Cultural Research*, 35: 65-87. doi: 10.1177/106939710103500104
- Lippa, R. A. (2005). Sexual Orientation and Personality. *Annual Review of Sex Research*, 16: 119-153.
- Lippa, R. A. (2007). The preferred traits of mates in a cross-national study of heterosexual and homosexual men and women: An examination of biological and cultural influences. *Archives of Sexual Behavior*, 36: 193-208. doi: 10.1007/s10508-006-9151-2
- Lippa, R. A. (2008). Sex differences and sexual orientation differences in personality: Findings from the BBC internet survey. *Archives of Sexual Behavior*, 37(1): 173-187. doi: 10.1007/s10508-007-9267-z

- Lippa, R. A. (2012). Effects of sex and sexual orientation on self-reported attraction and viewing times to images of men and women: testing for category specificity. *Archives of Sexual Behavior*, 41(1):149-160. doi:10.1007/s10508-011-9898-y
- López Alonso, D. (2014). *Biología de la homosexualidad*. Madrid: Síntesis. ISBN 9788490770603.
- McCrae, R. R. (2001). Trait psychology and culture: Exploring intercultural comparisons. *Journal of Personality*, 69: 819–846.
- Morawski, J. G. (1985). The measurement of masculinity and femininity: Engendering categorical realities. *Journal of Personality*, 53(2): 196-223.
- Morawski, J. G. (1987). The troubled quest for masculinity, femininity, and androgyny. *Review of personality and social psychology*, 7: 44-69.
- Morris, C. G. y Maisto, A. (2009). *Psicología*. México: Prentice Hall.
- Ngun T. C. y Vilain, E. (2014). The biological basis of human sexual orientation: Is there a role for epigenetics? *Adv Genet*; 86: 167-184.
- Pillard, R. C. (1991). Masculinity and femininity in homosexuality: "Inversion" revisited. In J. C. Gonsiorek & J. D. Weinrich (Eds.), *Homosexuality: Research implications for public policy* (1991): 32-43. Newbury Park, CA: Sage.
- Rahman, Q. y Wilson, G. D. (2003). Born gay? The psychobiology of human sexual orientation. *Personality and Individual Differences*, 34: 1337-1382.
- Rice, W., Friberg, U. y Gavrilets, S. (2013). Homosexuality via canalized sexual development: a testing protocol for a new epigenetic model. *Bioessays*, 35: 764-770.
- Rubin, G. (1975). Toward an Anthropology of Women. *Monthly Review Press*, 1: 157-210.
- Rumens, N. y Tyler, M. (2016). Queer theory. En: Mir, R., Willmott, H. y Greenwood, M. (2016). *The Routledge Companion to Philosophy in Organization Studies*. Londres: Routledge, 225-236.
- Schultz, D. y Schultz, S. E. (2010). *Teorías de la personalidad, 9na ed.* México: Cengage Learning.
- Schmitt, D. P. (2007). Sexual strategies across sexual orientations: How personality traits and culture relate to sociosexuality among gays, lesbians, bisexuals, and heterosexuals. *Journal of Psychology & Human Sexuality*, 18(2-3): 183-214. doi: 10.1300/J056v18n02_06
- Schmitt, D. P., Realo, A., Voracek, M. y Allik, J. (2008). Why can't a man be more like a woman? Sex differences in Big Five personality traits across 55 cultures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 94: 168-182. doi:10.1037/0022-3514.94.1.168
- Soler, F. G. (2005). Evolución y orientación sexual. En: *Perspectivas en Psicología*, 1(2): 161-173.
- South, S. y Jarnecke, A. M. (2015). Methodology of quantitative behavior and molecular genetics. En: Pluess, M. (2015). *Genetics of Psychological Well-Being: The Role of Heritability and Genetics in Positive Psychology*. Inglaterra: Oxford University Press.

- Spence, J. T. (1984). Masculinity, femininity, and gender-related traits: A conceptual analysis and critique of current research. *Progress in experimental personality research*, 13: 1-97.
- Spence, J. T. (1985). Gender Identity and Its Implications for the concepts of Masculinity and Femininity. *Psychology and Gender*, 32: 59.
- Spence, J. T. y Helmreich, R. L. (1978). *Masculinity & femininity: Their psychological dimensions, correlates, & antecedents*. Austin: University of Texas Press.
- Stets, J. E. y Burke, P. J. (2000). Femininity/Masculinity. En: Borgatta, E. F y Montgomery R. (2000). *Encyclopedia of Sociology*: 997-1005, Nueva York: Macmillan.
- Storms, M. D., Stivers, M. L., Lambers, S. M. y Hill, C. (1981). Sexual scripts for women. *Sex Roles*, 7: 699-707. doi.org/10.1007/BF00290038
- Suppe, F. (1994). Explaining homosexuality: philosophical issues, and who cares anyhow? *Journal of Homosexuality*, 27: 223-268.
- Taylor, A. (1983). Conceptions of masculinity and femininity as a basis for stereotypes of male and female homosexuals. *Journal of Homosexuality*, 9: 37-53.
- Terman, L. M, y Miles, C. C. (1968). *Sex and Personality: Studies in Masculinity and Femininity, 1936*. New York: Russell and Russell.
- Vasey, P. (2000). Comment on the evolution of human homosexual behavior. *Current Anthropology*, 41: 402-403.
- Zoeterman, S. E. y Wright, A. J. (2014). The role of openness to experience and sexual identity formation in LGB individuals: Implications for mental health. *Journal of Homosexuality*, 61(2): 334-353. <https://doi.org/10.1080/00918369.2013.839919>